

# Sobrevivientes de Los Andes venezolanos

Cuando el agua reclama su sitio: tsunamis y vaguadas

**D**OS VIEJOS IDEOGRAMAS CHINOS sirven, en lengua japonesa, para referirse, desde hace más de un milenio, al lugar a donde llegan las más enormes olas: *tsu nami*. En la escritura de ambos caracteres, está presente el agua.

En menos de dos meses, la palabra japonesa que ha significado una amenaza para las poblaciones establecidas cerca de las costas, se incorporó rápidamente al léxico noticioso del mundo.

Las gigantescas olas con las que los mares se abalanzaron sobre pueblos enteros en países asiáticos, el pasado mes de diciembre, dejando como saldo más de 250 mil muertes, tienen ecos de todas dimensiones, en todo el planeta.

Para los habitantes del estado Vargas, en la zona de La Guaira, donde se ubica el aeropuerto internacional Simón Bolívar, de Venezuela, las aguas del Mar Caribe, siempre presentes en su cotidianidad, se han tornado una profunda necrópolis, cuando la lluvia y las montañas reclaman su espacio en la escena.



Pequeñas aferradas a la vida, en las vías del valle del Mocoties



Santa Cruz de Mora, febrero de 2005

*Una tragedia más... para millones de personas, la naturaleza sigue siendo la salvación o el enemigo cotidiano. Las víctimas de las mayores tragedias en el mundo, dejan sus rostros y testimonios en repetidas imágenes que los medios de comunicación muestran por un tiempo. Y ¿después? Muchos estudiosos del área médica, científica, tecnológica, siguen analizando, pensando en la mejor manera de aplicar sus conocimientos en beneficio de quienes los necesitan.*



En diciembre de 1999, justo cinco años antes de los tsunamis asiáticos, esta zona contigua a Caracas sufrió el que fue llamado “el peor desastre natural de América Latina”, con un saldo aun discutible de alrededor de 50 mil muertes, cuando intensas lluvias provocaron deslaves y tapiaron edificios completos, junto a la costa.

Los primeros meses de este año 2005, intensas lluvias inundaron poblaciones de México, de Colombia, y nuevamente de Venezuela. Algo similar sucedió durante agosto, septiembre y octubre con fuertes huracanes que azotaron las costas del estado norteamericano de Luisiana, y amplios sectores de Guatemala y el sureste mexicano. A considerable distancia del mar, al pie de las cordilleras andinas, los tsunamis parecen una amenaza lejana. Pero las lluvias, no.

### ¡Agua, agua!

“Esos ríos, que parecen secos, o que apenas llevan un hilo de agua, nos hablan de su verdadero tamaño en su caudal. Esas cuencas extendidas quedaron así, porque ése fue el tamaño de un río, y puede volver a serlo, en cualquier momento”, explica José Eugenio Mora, académico del Departamento de Hidráulica, de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Los Andes.

Sus palabras pueden hablar de muchos ríos parecidos en el mundo, incluso del Mocotíes, que cruza el valle de mayor producción cafetalera en Santa Cruz de Mora, Venezuela, y la pequeña población de Tovar, donde el pelotero de Grandes Ligas y Premio Cy Young, Johan Santana, nació y se forjó como deportista.

¡Agua, agua! El mismo grito que el pasado mes de febrero recorría con veloz ímpetu las quebradas del valle del Mocotíes, como un ahogado anuncio de la muerte, hoy es el

llamado agudo que acompaña los saltos apresurados de los más pequeños, en busca del líquido para vivir.

Los niños y los mayores de 65 años engrosan alrededor del 50 por ciento de las listas de damnificados por las vaguadas. Son miles. En sus rostros parece repetirse el esbozo de una sonrisa que no se atreve a desafiar la mirada del desconcierto. De sus pulmones se estira con la misma fuerza que los insuficientes brazos, el llamado de auxilio, la invocación aprendida en la subsistencia diaria: ¡agua... zapatos... un jugo... pañales para mi hermanito... ¡Déme algo!



Escombros en las poblaciones del Mocotíes

### Tinieblas

El pasado 11 de febrero, las fiestas de carnaval y la tradicional Feria del Sol en el estado Mérida, en el occidente venezolano, culminaban con un aguacero, poco sorprendente para quienes conocen esta parte de la geografía.

Sin embargo, las precipitaciones intensas se prolongaron por más de 10 horas. “Empezó a llover de una manera impresionante”, narra Jorge Rincón, jefe de la División de Conservación Vial del Ministerio de Infraestructura (MINFRA), quien se encontraba con un equipo, trabajando en la reparación de algunas vías en la zona del Mocotíes.

Entre su peregrinar, de casa en casa, pidiendo ayuda a los baquianos a las orillas de la carretera, ya sin energía eléctrica, Rincón empezó a escuchar las historias más insólitas: el cerro se desgajó y tapó construcciones de tres pisos; desapareció el estadio; el río se comió la terminal de pasajeros...

La estación de Santa Cruz de Mora, ubicada inexplicablemente en el lecho mismo del río Mocotíes se fue tapiando. El testimonio de algunos sobrevivientes, como Sandra Luz Rodríguez, refleja la

desesperación: “llovía tanto que la gente no sabía si montarse en los buses o bajar. Algunas señoras agarraron a sus niños y trataron de salir a la carretera, pero la quebrada estaba bajando y el cerro tronaba donde se estaba viniendo encima. Por el otro lado, ya el río empezó a tapar buses... se fue la luz y sólo se oían gritos. Sabe Dios cuánta gente se quedó en esos buses, que nunca rescataron”.

Oficialmente, gobierno nacional y estatal han calculado que la noche de las intensas precipitaciones, el 11 de febrero, hubo 52 personas fallecidas, porque sólo ese número de cuerpos pudo ser identificado. Otras 63 personas quedaron en la lista de desaparecidos, sin esperanza de rescate con vida.

Fueron afectadas 90 mil personas en 14 municipios del estado Mérida, y 1 mil 800 de ellas se consideran damnificadas, por haber perdido todo su patrimonio.

### Por los caminos del Mocotíes

Prácticamente todas las vías que conectan al estado Mérida con el resto del país fueron averiadas por deslaves, salvo la carretera Trasandina que curva el occidente entre las montañas.

Aunque algunas carreteras se han recuperado parcialmente, aún se trabaja en reparaciones en toda la entidad y se construyen variantes o “bypass”, para intentar abrir paso hacia otros estados, como Táchira, donde 8 puentes se desplomaron, interrumpiendo la salida hacia esta zona, frontera con Colombia.

Ante la emergencia en el Mocotíes, el gobierno nacional asignó 27 millardos de bolívares (casi 13 millones de dólares) para el auxilio inmediato, según el informe del gobernador del estado, Florencio Porrás Echezuría. De esa cantidad, se ha destinado un plan para dedicar más de la mitad a obras de infraestructura vial y acueductos.

“Podría pasar un año o hasta dos antes de que algunos productores puedan volver a tener un ingreso”, observa Raúl García Jarpa, presidente de Corpoandes, al hablar del impacto de la tragedia en la economía de la región andina.

Betty Medina, presidenta de la Asociación de Comerciantes de Tovar, calcula que

“la parte agrícola, que mueve la economía de esta región, quedó en cero”. Se perdieron cosechas, el río bajó además ganado vacuno y cochineras. El daño en la economía repercute también en el comercio de Tovar, que básicamente se ocupa de rubros como la comida, vestido, repuestos y vehículos.

La Cámara de Comercio de Santa Cruz de Mora ha buscado esperanzas de recuperación para la población afectada. Aún no hay cifras concretas, pero se repiten los casos como el de Zioli Ibarra, quien tenía una papelería en la avenida principal, y perdió su negocio, valuado en 20 millones de bolívares (alrededor de 9 mil dólares). Grandes cosechas de café, también se perdieron.

Cora de Rodríguez, al frente de la Cruz Roja de Mérida, informó que hubo 435 familias censadas en Santa Cruz de Mora, y que la mayoría de los afectados fueron ubicados en casas, en la capital merideña. La Cruz Roja de Alemania envió una representación, al igual que las corporaciones similares de varias ciudades venezolanas.

La Iglesia católica evaluó también los daños, junto a colaboradores de la organización humanitaria Cáritas y especialistas norteamericanos.

Aunque durante los días cercanos a la intensa vaguada, el párroco Raily Guerrero, de la iglesia de Nuestra Señora de Regla, en Tovar, alertó sobre la manipulación



Damnificados en el barrio Puerto Rico, en Santa Cruz de Mora

política de la ayuda, cuando miembros de la Guardia Nacional lo amenazaron con apresarlo si repartía alimentos, por ser esta función “exclusiva” del gobierno, las tensiones han disminuido.

No así el hambre y la desesperación de algunos sobrevivientes que insisten en pedirle a Venezuela y al mundo “¡No nos olviden, por favor!”

### Barrios sin vida

Con una enorme cruz blanca a la entrada de la población de Zea, y la permanente devoción al Santo Niño de la Cuchilla, algunos pobladores agradecen estar vivos. “Yo vine de Maracaibo, tengo 8 años aquí, con mi conuquito (parcela), pero mis vecinos de enfrente, no querían irse. Tenían 80 años, toda la vida fincada en esta tierra. Nadie sabe el miedo que se siente escuchar que esas rocas bajan de la montaña, haciendo temblar la tierra, como si fuera el fin del mundo”, comenta Gustavo Taborda, mientras señala el camino que siguió inclemente la quebrada Murmuquena.

En Tovar, las más de 100 familias damnificadas se ubicaban principalmente en la avenida perimetral de la población. Hacia Santa Cruz de Mora, la devastación es evidente en los caminos entre aldeas que en su nombre anuncian su relación con la naturaleza, como el Peñón y la Quebrada del Barro. En la misma población, los barrios Puerto Rico, el Guayabal y el sector Pueblo Nuevo aun parecen afectados.

Entre las calles desoladas, aun entre las casas tapiadas donde apenas se ven un par de sillas, un enlodado equipo de sonido o unas cobijas secando al sol, surgen de pronto los gritos, los pasos apresurados de señoras con bebés en brazos, los abuelos, el policía bancario, los jóvenes motorizados.

Su rutina ha sido la misma durante los últimos meses. Desenterrar lo posible de sus

propiedades, pegar un letrero en la puerta avisando que se van a vivir en casa de algún familiar, buscar algo entre la tierra, que permita resolver las necesidades inmediatas.

Ahí se pueden ver aún los rostros italianos que fundaron este pueblo, los ojos azules, la frente amplia de algunos abuelos, buscando una gorra o unos zapatos con la misma ilusión que los más pequeños piden jugo, y las madres jóvenes de brazos fuertes y piel asoleada, esperan un paquete de pañales, u otro modo de preservar la vida de los niños.

### Aulas y rincones para sobrevivir

Aproximadamente 2 mil 200 estudiantes de la Universidad de Los Andes radicaban en los municipios afectados por esta vaguada, según informes de Marcos Pino, titular de la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la institución. Para ellos, desde los primeros días, entre la tragedia, hubo esperanzas de recuperación, a través de cuerpos de rescate, de la presencia de especialistas, de profesores y autoridades, de compañeros estudiantes en gesto solidario. Esta misma dependencia, apoyó, a través de la psicóloga Dalia Rodríguez, a los afectados anímicamente.

Sin embargo 114 de ellos tuvieron que cambiar su rutina estudiantil por jornadas de supervivencia. En condición de damnificados, han sido el centro de preocupación del Consejo Universitario, que aprobó 34 millo-

nes de Bolívares para apoyarlos. La universidad ha solicitado recursos especiales a dependencias del gobierno central y ha buscado los medios para financiar residencias especiales para ellos. Incluso el Primer Festival Universitario “Voces de la ULA”, dedicó lo mejor del talento artístico universitario, a los fines más nobles de ayuda para esos afectados del Mocotíes, que se aferran a la vida, y a sus libros. ✓



Previsiones